



Crisis de la política y circo conejero

Ricardo Santana Santana

El espectáculo al que hemos asistido, durante los últimos meses, en el Cabildo de nuestra isla vuelve a poner de manifiesto la profundidad de la crisis política en la que estamos inmersos. Se ha hecho evidente un notable divorcio entre la gente de la calle y las minorías dirigentes en el sentido más amplio, señaladamente los políticos que dirigen nuestras instituciones; aunque, visto lo visto, podríamos pensar que más que dirigirlas las usurpan. La crisis además de ser profunda no es nueva. Nos encontramos ante una situación enquistada desde hace ya bastantes años. Quizás el hecho de que la gran mayoría de los análisis que se han realizado en estos meses no hayan podido trascender el terreno de lo personal muestra el enquistamiento al que nos referimos; únicamente cuando creemos encontrarnos ante una situación relativamente normal podemos pensar que los problemas se solucionan con un mero cambio de personas, de políticos en el caso que nos ocupa. Sin olvidar, por supuesto, la importancia de las personas concretas en los procesos políticos, nuestros problemas en este terreno no son, desgraciadamente, tan simples.

Crisis de la política

Podríamos comenzar por el principio: democracia. Por ejemplo, y

"Nos negamos a aceptar el todo por el pueblo pero sin el pueblo al que gustan llamar democracia"

según nuestro más conocido político norteño se ha hartado de manifestar, fórmula de gobierno basada en la soberanía popular por la cual el pueblo de Lanzarote le ha colocado a él en el gobierno, con tres consejeros, y a los socialistas en la oposición, con siete consejeros; más claro agua. La palabra democracia se ha convertido en algo vacío de contenido, se habla de ella como si fuera una realidad política estándar e inamovible. La cuestión es bastante más compleja.

Si nos atuviéramos a viejas formulaciones como, por ejemplo, la democracia es el gobierno del pueblo o, dicho de otra manera, la participación de los ciudadanos en la gestión de la cosa pública, es bastante probable que llegáramos a la siguiente conclusión: puesto que es evidente que el pueblo no gobierna, y que no confundimos el votar cada cuatro años con participar realmente en la gestión pública, la organización social en la que nos movemos no es una democracia. La democracia no es una realidad es, simplemente, un ideal. La realidad es el proceso democratizador, que es dinámico, cambiante, y no esa entelequia cosificada con la que los políticos del pensamiento único se llenan la boca. Para la mayoría de ellos la democracia es una receta, ya obtenida, que nos ha colocado en el mejor de los mundos posibles. Algunos, incluso, tras la caída de los regímenes no capitalistas del Este de Europa a finales de los ochenta, hablan ya del fin de la historia. No es que sean tan obtusos como aparentan, es simplemente interés en convencernos de que vivimos en una sociedad inmejorable, son formulaciones para la desmovilización social.

"Esta excesiva preeminencia de lo económico ha hecho entrar en crisis la política convencional"

Mucho más real es referirse a un proceso democratizador, a la lucha por conseguir una sociedad más justa que se ha producido durante siglos y que, pese a quien pese, no ha terminado ni terminará. Si hablamos de lucha es porque nos referimos a una confrontación de intereses, no a un paraíso. Antes se denominaba lucha de clases, ahora llamémosla como quieran; el caso es que nos negamos a aceptar el todo por el pueblo pero sin el pueblo al que gustan llamar democracia. Todo esto no es casual, lo cierto es que el proceso democratizador, que avanzó hasta el sesenta y ocho, por jugar con una fecha emblemática, ha sufrido una involución a partir de los años setenta. La llamada revolución conservadora de los años ochenta no es sino una reorientación conservadora del mencionado proceso democratizador. Marcha atrás causada por la debilidad de las fuerzas que tradicionalmente han impulsado el proceso, debilidad a la que no es ajena la reorganización económica propuesta por el capital transnacional: la mundialización de la economía minimi-

za el contrapoder sindical, disminuye notablemente la soberanía de los gobiernos nacionales y aumenta enormemente el poder, no democrático, de las empresas multinacionales. La mundialización económica no es un fenómeno inevitable, como nos lo venden, sino la forma de organizar la sociedad que a los grandes poderes económicos internacionales les resulta más conveniente. Sin que podamos entrar en estos momentos en los grandes problemas económicos y ecológicos que crea la destrucción de las economías locales.

Esta excesiva preeminencia de lo económico ha hecho entrar en crisis la política convencional. Una sociedad basada en el consumo, y en la que el individualismo es la norma, pierde buena parte de sus mecanismos tradicionales de agregación política, por lo tanto social. El precio pagado por este desarrollo ha sido la mercantilización generalizada de las relaciones entre los individuos, la construcción de un inmenso aparato neutralizador de las diferencias y la disolución de buena parte de los vínculos de solidaridad personal. La reorientación conservadora, a la que nos referíamos, se resume claramente en menos democracia. Como decíamos, el poder de las multinacionales ya no es controlable por instituciones elegidas por la población. Añadamos a esto el trasvase de soberanía que se produce desde el gobierno nacional hacia instituciones internacionales no democráticas, como la Unión Europea donde ni la Comisión ni sus consejos de ministros responden ante ningún órgano legislativo elegido democráticamente, ya que el papel del Parlamento Europeo es prácticamente decorativo.

Los criterios democráticos quedan malparados no sólo en la actividad de la administración sino también en la de los partidos parlamentarios. Estos últimos, máquinas electorales y de gestión, son en su casi totalidad partidos de cuadros -no de asociados, o de militantes- que esperan cargos remunerados en las diversas instituciones o en su propia organización. Los programas son un envoltorio ideológico menos importante que las lealtades personales que garantizan el acceso al cargo. La prueba es que cuando algún miembro del partido se permite recordar el programa o las propuestas anteriormente mantenidas es fulminantemente defenestrado. El último caso publicitado ha sido el de Alex Vidal-Quadras en el PP, caso que recuerda los mismos procedimientos en múltiples ocasiones en otros partidos (por referirnos al otro gran partido nacional, el PSOE, nos vienen a la mente las defenestraciones, entre otros, de Escuredo en Andalucía o de Alonso Puerta en Madrid). En todos los casos señalados las agrupaciones regionales se limitaron a obedecer el mandato de la dirección central del partido. Ninguna reno-

"Los programas son un envoltorio ideológico menos importante que las lealtades personales que garantizan el acceso al cargo"

"En el conglomerado político y empresarial la participación de los medios de comunicación es básica"

vacación, si no viene de arriba, era y es la consigna.

Esta unanimidad en lo orgánico se acompaña de un similar vaciado ideológico. Las palabras fuertes, las que identifican una posición y acompañan un proyecto político, ceden el paso a la irrelevancia de un lenguaje neutro. Se produce, además, una americanización de las campañas electorales, donde lo más importante es la fotogenia y habilidad en los medios de comunicación del líder del que dependen los resultados electorales, cualidades que de producirse le convierten prácticamente en el dueño de la organización. En este tipo de campaña electoral ya nos han acostumbrado a relativizar el engaño. Si en el 82 fue el PSOE, quien comenzó a gobernar con un programa económico casi contrapuesto al que prometió en las elecciones, y con respecto a la OTAN, de entrada sí, en este año hemos podido asistir a más de lo mismo con el PP. En este caso, bajar los impuestos quería decir, en realidad, bajar los de los ricos y subir los de los demás. Regeneración política significaba colocar a los amigos de Aznar en todas las grandes empresas públicas; o transparencia la que resulta de negarse a desclasificar los documentos del CESID, permitiendo así que puedan existir dos tipos de delitos, legales unos e ilegales los demás. Unánimes en lo orgánico y vacíos en lo ideológico, el único recurso para mantener encendida la llama del ardor partidario es darle caña al adversario. Parece mentira, pero en esto los dos grandes partidos son también clónicos, ambos han tenido el mismo encargado de faena: Vicepresidente del Gobierno por la mañana y amo del partido por la tarde. Suenen Cascos o haya Guerra la función vuelve a ser la misma.

El proceso de transición de partidos de movilización a partidos de empresarios de la política ha adquirido entre nosotros rasgos tan peculiares y se ha producido en un tramo tan corto de tiempo que la gente está desconcertada, incapaz de identificar a los suyos. No es extraño, por tanto, que buena parte de la gente con conciencia social y ganas de participar haya huido de los partidos para recalar en los nuevos movimientos sociales. Asistimos al fracaso de la política convencional, que ha quedado desacreditada ante cuantos conservan los ojos limpios y limpias las manos. Fracaso, también, de la "clase política", de los profesionales de la manipulación y del poder que gestionan esta política convencional.

No puede sorprender que en este cóctel entre "economía" por encima de todo y la política convencional descrita la guinda sea la corrupción generalizada. En la corrupción están implicados también amplios círculos de poder económico y empresarial. Los

“grandes comunicadores” de la radio y la TV tienden a minimizar este hecho, muy de acuerdo con la ideología neoliberal según la cual todo está permitido para hacer negocio. El género son los corruptos, y las especies dos: los corruptores y los corrompidos.

La política y los medios de comunicación

En el conglomerado político-empresarial la participación de los medios de comunicación es básica. El hecho de que los propietarios de dichos medios sean, en casi todas las ocasiones, parte del sector empresarial, y que el primer objetivo de una empresa, en la cultura en la que nos movemos, sean los beneficios deja pocas dudas sobre con quiénes van a converger los medios de comunicación. El fenómeno de concentración e internacionalización empresarial se ha producido igualmente en este sector, lo que contribuye también a explicar la generalización en los medios del pensamiento único imperante y, como bien argumenta Ignacio Ramonet en esta misma revista, el tremendo esfuerzo que hay que realizar para informarse. En ocasiones se ha hablado de medios de intoxicación de masas. Imaginemos la cara que se le puede quedar a cualquier forastero que pretendiera “informarse” sobre lo acontecido en la crisis de nuestro Cabildo recurriendo a la prensa local; pongamos en sus manos *La Voz* y el *Lancelot*, ofrezcámosle escuchar *Radio Lanzarote*, por una parte, y *Radio Volcán* o el *Canal 28*, por la otra, a ver quién convence al forastero de que lo que le están contando es información y escrita en el mismo idioma.

Además de obtener beneficios y de informar, o desinformar según gustos, el tercer gran resultado que los medios provocan es la homogeneización de la sociedad. En este caso es más que probable que sea un objetivo no buscado, pero ello no minimiza que la resultante contribuya decisivamente a apoyar el proceso de mundialización económica y cultural al que hacíamos mención con anterioridad. La generalización de los modos y fórmulas de conducta extendidas por los medios de comunicación, por el cine y la televisión especialmente, está generando una uniformación de la sociedad. En este aspecto, se pierde la riqueza que la diversidad produce, tanto en el interior de una sociedad, como en el conjunto de las sociedades del planeta. Algunos defienden que el nuevo universo de la información tiene un poder unificador mayor que el del dinero. Cuando se habla, por ejemplo, de defender los valores culturales tradicionales de la sociedad lanzaroteña es necesario ser consciente de la realidad en la que vivimos. No deja de ser contradictoria la defensa de esos valores con la aspiración a vivir como

"El camello ha dejado la tierra para dedicarse al acarreo de turistas. Lanzarote ha entrado de golpe en el proceso de globalización económica"

los personajes de los telefilmes o películas de Hollywood.

Por lo que respecta a la crisis política lanzaroteña, el comportamiento de nuestros medios ha oscilado entre el partidismo descarado y el apasionado. Se ha comentado, y con razón, la casi brutalidad de los medios dirigidos por Agustín Acosta en la defensa del pacto PIL-PSOE. Sin embargo, la clara, aunque más tranquila, toma de posición del resto de los medios en la canonización del tándem Becerra-De Armas ha pasado, como tantas veces, por “información”. Si tenemos que hablar de regeneración en la política insular, ha llegado la hora de incarle el diente al problema de los medios de comunicación en Lanzarote. Los ciudadanos deben conocer la ingente cantidad de millones de pesetas que invertimos, por medio de las instituciones públicas, en el mantenimiento de dichos medios. Es necesario empezar a discutir la necesidad de las sistemáticas campañas de autopublicidad que nuestros políticos se pagan. A lo mejor alguien nos convence, por ejemplo, de la imperiosa necesidad de publicitar continuamente una empresa como Inalsa que no tiene competencia, ni debe tenerla, y que presta un servicio al que nadie puede renunciar. Es innegable que estas cuantiosas inversiones institucionales en publicidad explican, en parte, la existencia de tantas revistas, radios o televisiones conejeras. Sería triste que conociendo las facturas por publicidad pudiéramos adelantar la posición de cada medio ante una actuación política.

"Dentro de la corriente de dinero fácil, un sector del empresariado necesitaba políticos apropiados para una fulgurante expansión económica"

Se hace necesario proponer un redimensionamiento del gasto publicitario de nuestras instituciones, por una parte. Por la otra, hacer público el montante y los beneficiarios de este gasto; en este sentido creemos que sería fundamental la creación de una comisión que participara en la asignación de la publicidad a los medios. Comisión en la que además de partidos y medios deberían estar representadas las asociaciones ciudadanas más representativas, que contribuirían a una transparencia que en estos momentos brilla por su ausencia. Seguro que todos convenimos en la necesidad de la información en el proceso democrático, hagamos un esfuerzo para que esa información mejore hasta donde sea posible.

Una sociedad transformada

Permítasenos tratar de hacer una rápida caracterización de lo que no es el circo, la sociedad lanzaroteña, al hilo de lo que venimos argumentando. Vivimos en una comunidad cuya principal característica es la vertiginosa transformación sufrida en los últimos 20 ó 25 años. El desarrollo económico producido en este período de tiempo a sido de tal calibre y la velocidad del cambio tan rápida,

que no puede extrañar que genere dificultades de asimilación en el conjunto de la población.

Hemos pasado de ser una sociedad basada en la agricultura, la pesca y alguna industria de transformación a convertirnos en una sociedad de servicios en un espacio mínimo de tiempo. El camello ha dejado la tierra para dedicarse al acarreo de turistas. La economía local prácticamente ha desaparecido, pasando a convertirnos en una economía completamente dependiente, de que otra manera podemos calificar una fórmula en la que el turismo ocupa más del 90% de la actividad. Lanzarote ha entrado de golpe en el proceso de internacionalización económica, pero no junto a los ricos; nuestro papel ha pasado a ser el de recibir, agasajar, entretener o revitalizar a la fuerza de trabajo de los países ricos que nos visita, a lo mejor es a esto a lo que se refieren los economistas cuando hablan de una sociedad de servicios.

Esta brutal transformación social ha producido una pérdida, inevitable en estas situaciones, de la mayoría de los vínculos solidarios tradicionales que durante mucho tiempo permitieron vivir con dignidad a pesar de la pobreza. La sustitución de estos vínculos por el individualismo y la competitividad es el obligado subproducto de determinado desarrollo económico. Estamos próximos a llegar a la paradoja del éxito, según nos cuentan, vivir en un sitio en el que todo el mundo consigue conectar con la red informática pero ya no logra hablar con el vecino de enfrente. Podríamos poner como ejemplo el fenómeno de que un lugar donde en los últimos se crea empleo en cantidades muy importantes soporta, sin embargo, un nivel de desempleo entre la población local más que apreciable. Por supuesto que, como todo el mundo comenta, existe una necesidad de mejorar la formación profesional de los ciudadanos, pero también podríamos convenir, aunque esto se comente menos, en que un desarrollo más pausado habría posibilitado mejor la aclimatación de la población al cambio, y en ese caso el problema de la formación profesional sería menos grave. No deja de ser curioso, además, que cuando se habla de escasez en la formación únicamente se refieran a los trabajadores; no sabe uno que pensar de unos empresarios que en cuanto les baja la ocupación hotelera del 75-80%, durante doce meses, salen a la calle a pregonar la crisis.

Desarrollo económico fulgurante; dinero fácil; empresarios a tono; medios de comunicación alimentados; un porcentaje significativo de la población trabajando para las instituciones públicas (el Cabildo como la primera empresa de la Isla), y algunos otros

"Pasando por encima de la estabilidad de las instituciones y de los intereses del PIL, Dimas Martín se embarca en una operación en la que el único resultado posible es perder"

dependiendo de las subvenciones (el campo es el sector más significativo en este sentido, aunque un día habría que plantearse la situación de la cultura en Lanzarote); resultado: la política lanzaroteña.

El circo conejero

Durante los primeros años, tras la denominada transición política, el PSOE domina la escena política insular. No obstante, es durante esos años donde comienza a fraguarse la nueva configuración del poder en Lanzarote. Dentro de esta corriente de dinero fácil a la que aludíamos, un sector significativo del empresariado necesitaba políticos apropiados para una fulgurante expansión económica que debía producirse en un lugar donde el territorio es un bien escaso (dicho en plata: políticos que accedieran con facilidad a urbanizar territorio y conceder las licencias pertinentes). En el otro lado, se encontraban unos políticos sin acomodo fácil en los grandes partidos estatales (por lo tanto con unas necesidades de financiación urgentes), y con una visión de la política muy cercana a la de los negocios, o sea que todo vale, visión que como hemos comentado al principio de este artículo no es lejana al mundo en que vivimos.

Esta reorganización político-económica dio lugar a las nuevas organizaciones insularistas, influyó, como mínimo, en la creación de nuevos medios de comunicación y alumbró una nueva forma de hacer política (aunque la novedad sea bastante discutible). Primer estadio: campañas electorales a la americana, sin contenidos políticos reales y con mucho dinero. Segundo estadio: gobernar despilfarrando el dinero que entraba, tratando de comprar la voluntad de la población, agasajando sus instintos más primarios. Asistimos durante esos años a grandes obras, grandes fiestas, gran inflación de empleos públicos, gran número de subvenciones, etc. Todo a lo grande. Por buscar un acontecimiento significativo, podríamos fijar el inicio en la llegada a la alcaldía de Tegui de Dimas Martín justo en el momento en que otro partido había ganado las elecciones por mayoría absoluta (efectivamente todo vale). El resultado es de todos conocido: grandes deudas, ahora ya lo único grande, obras las mínimas, pequeñas fiestas, los empleados públicos a la calle, las subvenciones con pagarés sin fondos y el resto de los asuntos en manos de los jueces. Bien es verdad que no todo son carencias: la popularización del transfuguismo político nos acerca a cotas de récord, en el terreno de la corrupción andamos muy bien servidos, a pesar de las cifras de paro nuestros políticos están correctamente colocados (algunos hasta tienen tiempo para dedicarse a las pardelas, con yate o sin yate) y de salud psíquica estupendamente, sin Complejos.

"El PP ha sido quien quizá haya tenido la actuación menos influyente y, con perdón, más ridícula en esta crisis"

En las últimas elecciones, para no variar, vuelve a ganar Dimas Martín. Pero con la salvedad de que el personaje está judicialmente inhabilitado, de aquí surgen los problemas que crean la última carajera. Las listas electorales tuvieron que ir encabezadas por otros, y, además, no pudieron poner a los más limitados, no fuera a ser que no se ganaran las elecciones. El protagonista no tolera ni la más mínima competencia, por otra parte, presiona sobre los cargos públicos del partido para que colaboren a resolver problemas que ya pisan los talones; éstos se dan cuenta de que no es lo mismo apoyar a Dimas Martín en su ingeniería político-financiera cuando firmaba él que ahora que tienen que firmar ellos. Sí a todo esto sumamos el declive jurídico y político de Dimas Martín y, no menos importante, el cambio en el escenario de la economía isleña (aunque no vaya mal, se acabaron los milagros) no resulta difícil prever la quiebra de la colaboración con la parte del empresariado implicado hasta este momento. Lo cierto es que los empresarios locales ya asentados lo que menos necesitan en la nueva situación es más competencia, ya no se requieren nuevas licencias, no al menos con la misma manga ancha que antes. Dicho de otra forma, se dan las condiciones idóneas para un cambio de política, y por lo tanto hace falta un relevo en los personajes. Puede señalarse en este caso que, aunque los objetivos últimos sigan siendo diferentes, es muy probable que asistamos a una disminución importante de la confrontación entre un sector del empresariado y los ecologistas lanzaroteños, que sea para bien.

Producida la confrontación, que no requiere contarse, pues es de todos conocida, entremos a analizar someramente la actuación de los grupos participantes en lo que hemos denominado el circo conejero:

En primer lugar, por ser quien inicia la crisis, el PIL. En este caso nos encontramos ante la expresión máxima del partido sometido a un líder, hasta el punto de que separar la actuación del partido de los intereses, políticos o personales, de su presidente se antoja labor imposible. Como ya hemos comentado, la imposibilidad por parte de Dimas Martín de tolerar otro protagonismo que no sea el suyo, unido a la necesidad de unas actuaciones públicas que contribuyeran a resolver los desaguisados creados por su actuación pública y a las que, por lo que parece, se negaron tanto Juan Carlos Becerra como Cándido Armas crean una situación ante la que Dimas Martín decide tomar cartas en el asunto. Pasando por encima de la estabilidad de las instituciones y de los intereses del PIL se embarca en una operación en la que el único resultado posible es

"Para CC la crisis tiene dos posibilidades: una, debilitar al PIL, y la otra fortalecer la Coalición con la aportación de nuevas personas"

perder. El argumento esgrimido: el subterráneo acercamiento de Becerra y de Armas a Coalición Canaria, que si a posteriori puede tener algunos visos de verosimilitud, podría también mantenerse que fueron claramente empujados en esa dirección por las acciones del propio Dimas Martín. Como partido en su conjunto no puede sino resaltarse lo poco lúcido de su actuación. El sometimiento al líder ha sido tan absoluto que resulta increíble ver como una organización acata unánimemente unas decisiones que les hacen perder la presidencia del Cabildo y la alcaldía de Arrecife, amén de un descrédito político del que no es raro que ya se hagan eco las encuestas.

"Lo que se planteó como una dimisión por ética personal acaba cobrando otra dimensión cuando se impide la tramitación de la moción de censura"

En segundo término el PP, el partido que quizá haya tenido la actuación menos influyente y, con perdón, más ridícula en esta crisis. Primero se dejaron instrumentalizar por Dimas Martín en su operación para descabalar a Becerra, por ignorancia o por ansia de tocar poder, en cualquiera de los casos opciones poco defendibles. Será difícil que alguien crea que un pacto contra la voluntad del Presidente del Cabildo se hace para dotar de mayor estabilidad a la institución. A continuación deciden rectificar y toman partido por el bando contrario, pero cuando ya la situación es indefendible, llegan al poder justo en el momento en que éste se atrinchera en minoría. Dejando en el aire la incógnita de si no habrán sido las presiones de su socio en el gobierno regional una de las razones de la rectificación.

En el caso de Coalición Canaria es necesario, también, referirse a criterios regionales. El intento de absorber el conjunto de los insularismos del archipiélago es un factor clave en su comportamiento en esta crisis. Intento que se pone de manifiesto en la propuesta de reforma electoral, proponiéndose una barrera insular del 30% de los votos para acceder al parlamento regional. Medida antidemocrática donde las haya, que podría producir que un partido que ganara las elecciones en una isla no estuviera representado en el parlamento, y no es política ficción, con los resultados de las últimas elecciones ésta sería la situación en Lanzarote. En este contexto, la crisis tiene dos jugosas posibilidades: una, debilitar al PIL, la otra fortalecer a la coalición con las aportaciones de personas como Becerra y De Armas y, posteriormente, Cándido Armas. El apoyo decido de Olarte y Hermoso a este grupo no deja lugar a dudas. Por otra parte, este fortalecimiento les resultaba urgente debido a la debilidad de esta opción en Lanzarote. El relativo fracaso electoral de la opción de Juan Ramírez y el enfrentamiento de éste con el grupo liderado por Honorio García Bravo auguran escasas perspec-

tivas de éxito para Coalición Canaria tal como estaba configurada hasta la fecha. Además, la presión del PIL contra el grupo y, especialmente, contra Juan Ramírez, unido a la negativa del PSOE a pactar con ellos difícilmente dejaba espacio para otra posibilidad.

Nos referiremos ahora a los escindidos del PIL, que si bien no configuran un partido, han acabado formando un grupo con una clara influencia y posición política en la crisis. Para analizar su actuación es necesario tener en cuenta lo ya manifestado con respecto a la figura de Dimas Martín y a las necesidades políticas de un importante sector empresarial. Su posición inicial en la crisis consiste en negarse a aceptar las presiones del presidente del PIL, defendiendo la urgencia de acabar con su reinado y regenerar la política insular. La dimisión de Juan Carlos Becerra, argumentando una postura de ética personal, y el apoyo casi generalizado de los medios de comunicación hacen surgir una corriente importante de simpatía entre buena parte de los ciudadanos. Becerra y De Armas son convertidos en paladines de la gran batalla, lo único importante, acabar con Dimas Martín. No deja de resultar curioso que quienes han trabajado codo con codo, y en cargos fundamentales, durante años con el ahora convertido en nuevo demonio insular, puedan ser los más indicados para el cambio de personas y de política que se plantea. A pesar de lo dicho, conviene no despreciar la capacidad de transformación de las personas, máximo cuando se han encontrado en situaciones críticas desde puestos que les obligaban a tomar decisiones. No obstante, una vez transcurridos los momentos iniciales su actitud debe ser revisada. Lo que se planteó como una dimisión por razones de ética personal cobra otra dimensión cuando la realidad se hace presente, una dimisión que impide la tramitación de la moción de censura, por parte de la mayoría de los consejeros, y permite aferrarse al poder por medio de triquiñuelas jurídicas, con el apoyo decidido de CC y el PP a remolque de la situación. La dura realidad es que los escindidos acaban reeditando la actuación de, nuestra famosa, Chana Perera, y, únicamente, el decidido apoyo de los medios de comunicación enmascara, provisionalmente, esta situación en la consciencia de parte de la ciudadanía.

Por último, el PSOE. En un principio los socialistas se dejan querer y esperan acontecimientos. Una vez roto el PIL se convierten en la alternativa imprescindible, exigen la presidencia mediante una moción de censura que les garantice la tranquilidad hasta el final del mandato. Hasta aquí todo normal, pero a la hora de elegir socios comienzan los problemas. El criterio político elegido parece

"Los socialistas han mostrado una falta de generosidad con los lanzaroteños bastante notable, aunque sus dirigentes regionales estén encantados"

implicar una doble visión: por un lado, tratar de debilitar a CC, su enemigo natural en el ámbito regional, y aunque esto no esté tan claro a nivel insular, la presencia de un tráfuga del PSOE en la cúspide añade un buen puñado de arena; de otro lado, la creencia de que el declive de Dimas Martín es innegable, unido al escaso nivel político de los consejeros del PIL termina de decidir el pacto. Pero la corriente de opinión mayoritaria entre la población es claramente contraria a dicho pacto, y si nos referimos a sus votantes la oposición es clamorosa. Tendremos que retrotraernos al comienzo del artículo, comprobando como ilustra este caso la idea de que la política es algo que se realiza entre la “clase política”, y que las aspiraciones o deseos de la población son meras zarandajas, incluso aunque puedan resultar casi unánimes entre tus propios votantes. En cuanto a los militantes, primero se pacta y, meses después, se les comunica la buena nueva para que aplaudan. Los socialistas conejeros han mostrado una falta de generosidad para con los lanzaroteños bastante notable, aunque sus dirigentes regionales estén encantados; y, además, han contribuido a afianzar el descrédito de la política y la sensación de que “todos son iguales”.

"No nos podemos permitir el lujo de estar por encima, o por debajo, de la política"

Cambiar la política

Parece lógico pensar que no se exagera al calificar de circo conejero el proceso descrito con anterioridad. Pero si hemos tratado de reflejar previamente una realidad social y política general es, entre otras cosas, para significar que nuestra situación no es tan anómala como a veces puede parecer, no somos marcianos. La política en Lanzarote tiene sus peculiaridades, no se puede negar, pero hace falta analizarlas teniendo en cuenta las características específicas de nuestra sociedad. Nos encontramos en una comunidad que necesita tiempo para asimilar el vertiginoso cambio económico y social producido en los últimos años. Las generaciones más jóvenes, que hayan vivido la nueva realidad desde la niñez, tendrán, seguro, mayores posibilidades de resolver parte de los problemas existentes.

Las personas que no nos sentimos bien representados por ninguna de las opciones a las que nos hemos referido no podemos quedarnos, exclusivamente, con una visión angelical de la política. En la política, en multitud de ocasiones, hay que barajar el mal menor. Aunque nada nos convenza del todo estamos obligados a buscar ese mal menor, porque no es, ni mucho menos, cierta la divisa de que todos son iguales; ni los partidos, ni las personas. Esperemos que lleguen nuevas gentes a la política conejera que contribuyan a su regeneración, al menos será más creíble esta posibilidad que si

la abanderan los de siempre o sus históricos discípulos. El hecho de que los problemas no sean sólo de personas no quiere decir que la especificidad personal no tenga una importancia notable. Pensemos, por ejemplo, en los municipios más importante de Lanzarote, que es donde los problemas se complican más. ¿Cuál de ellos ha estado mejor gestionado? ¿Dónde han existido menos corruptelas? ¿Qué municipio tiene menor deuda económica? Para este conjunto de preguntas la respuesta es clara: Tías. Nos referimos a un municipio cuyo alcalde vuelve al taxi después de doce años en el cargo, sin haberse enriquecido y cediendo el paso a gente nueva. Un personaje, Florencio Suárez, del que durante años se dijo que era uno de nuestros políticos menos brillantes. Demostración palpable de que determinadas formas de hacer política en nuestra isla no sólo eran moralmente reprobables sino, también, ineficaces para la comunidad. No todos son iguales, conviene pensárselo antes de votar.

No nos podemos permitir el lujo de estar por encima, o por debajo, de la política, es el mayor favor que hacemos a los políticos que menos interés tienen por la participación de los ciudadanos. Si pasamos de la política pasa lo que pasa: el circo. Si los políticos no funcionan la culpa también es nuestra; y no sólo por que nos hayamos dejado embaucar en una campaña electoral y les hallamos votado, sino porque, además, estamos abandonando nuestras responsabilidades ciudadanas en sus manos. En la resolución de los problemas de la comunidad tenemos que participar todos, no lo dejemos en manos de otros, ni aunque se nos presenten a veces con la etiqueta de “técnicos”.

Existe un grupo que siempre participa, ese conglomerado económico, político y mediático del que hablábamos, el poder. Si el resto abandonamos la escena el poder encantado. Hay que participar, y agruparse para participar. Es imprescindible fortalecer las asociaciones ciudadanas existentes y hacerlas participar en política, en la resolución de nuestros problemas, y no nos estamos refiriendo a una participación electoral. La existencia de un tejido social fuerte es el mejor antídoto contra la política convencional. Una sociedad solidaria, con grupos organizados y que valora el trabajo voluntario es una sociedad mucho más difícil de manipular y de intoxicar. Defendamos nuestras conciencias, tratemos de romper las barreras de soledad e incomunicación, degustemos el sabor agradable y hasta exultante de la solidaridad.

Apaguemos más a menudo el televisor y charlemos con nuestros vecinos. Dejemos de preocuparnos por la existencia de un modelo

"No todos son iguales, conviene pensárselo antes de votar"

de automóvil más lujoso que el nuestro. Cambiemos la sociedad y a nosotros mismos entre todos, con todos; no como un sacrificio, simplemente para vivir mejor. Vivir no es consumir, y menos en soledad. Si hoy parece necesario criticar la forma histórica bajo la que se ha manifestado el individualismo, la misma en la que sigue manifestándose en el mundo contemporáneo y en nuestra vida cotidiana, no es ya en nombre de una nostalgia comunitaria o de una lamentación por un pasado perdido para siempre, sino sobre la base del fracaso de nuestra capacidad para dar respuestas a los problemas más agudos de nuestro tiempo.

*"La existencia
de un tejido
social fuerte es
el mejor
antídoto contra
la política
convencional"*